

Heridas, palabras y cicatrices

Esta herida llena de peces

LORENA SALAZAR MASSO
Tránsito, Madrid, 2021, 168 pp.

Esta herida llena de peces, primera novela de la colombiana Lorena Salazar Masso, ha sido publicada simultáneamente en España, por la editorial Tránsito –la apuesta de Sol Salama que en poco tiempo ha conquistado una posición relevante en el marco de la edición independiente en español–, y en Colombia, por Angosta Editores –el sello fundado por Héctor Abad Faciolince en 2016 que viene apostando también, con mucho acierto, por el descubrimiento de nuevos nombres en el panorama literario–. La repercusión de esta novela en ambos territorios, merecida sin duda, revela el éxito de la apuesta y quizá permita aventurar la extensión de su impacto por otros países de América Latina. El dato sirve para poner en valor las cada vez más extendidas –y muy necesarias– estrategias de editoriales independientes dentro del espacio hispánico para lograr la difusión de sus catálogos más allá de los marcos nacionales. Si se sigue avanzando en una mayor transversalidad, mediante la participación de un número cada vez mayor de sellos y países en proyectos colaborativos de este tipo, quizá se encuentre más cerca la deseable consecución de un territorio común y sin jerarquías de la edición literaria en español.

El argumento de *Esta herida llena de peces* ofrece algunos rastros autobiográficos: la autora, nacida en Medellín, pasó su infancia a orillas del río Atrato, en Quibdó –donde había nacido su madre–, capital del departamento del Chocó y una de las poblaciones más importantes de la región del Pacífico colombiano, el territorio donde se desarrolla la historia. A partir de esa experiencia infantil, que aparece a menudo en las evocaciones de la narradora, se desarrolla un relato de múltiples capas donde el conflicto íntimo de la protagonista se mezcla con el perfil amenazante y desesperanzador de la historia colombiana, juego de espejos lleno de ecos y correspondencias que convierten ambos planos

en inseparables, anudados a través de lazos sutiles que la autora maneja y teje con gran destreza.

Esta herida llena de peces narra el viaje en barco por el río Atrato que emprende la protagonista y narradora, junto a un niño, desde Quibdó a Bellavista, el lugar donde había transcurrido su niñez. Este viaje de regreso no promete ningún reencuentro feliz. El motivo solo se descubre con la narración avanzada, pero desde el comienzo se percibe la inquietud y el desasosiego que esta travesía provoca en el personaje. El final confirmará esos temores, pero en un sentido diferente, mucho más trágico, al que podría intuirse en un principio. Salazar Masso juega muy bien con la tensión y la espera; el relato es detallista, se ralentiza sin perder aliento para subrayar las dudas y el miedo de la mujer, la incertidumbre ante lo que le espera cuando llegue a su destino.

La novela se inscribe en una tendencia que va adquiriendo cada vez mayor visibilidad en el campo narrativo hispánico y no solo colombiano. Tras el empacho globalizador y desterritorializado de las décadas pasadas, se asoman con más frecuencia propuestas caracterizadas por la construcción de imaginarios arraigados en geografías y problemáticas locales, en territorios alejados de los centros de decisión política, olvidados por ellos y por tanto víctimas de esa indiferencia. En Colombia, esta posición la encontramos en la obra de importantes novelistas del panorama actual de los que Salazar Masso, como ha reconocido, se siente deudora: entre otros, Pilar Quintana y su novela *La perra*, o Juan Cárdenas, gracias a ficciones como *Los estratos*, *El diablo de las provincias* o la reciente *Elástico de sombra*.

En las entrevistas que ha dado con motivo de su publicación, Salazar Masso ha subrayado unas pocas claves a la hora de definir *Esta herida llena de peces*. El tema principal es la pertenencia y el arraigo –ha insistido–, plasmados en el intento de la narradora por construir vínculos con un hijo que no es suyo y con una comunidad y una tierra en las que no acaba de sentirse integrada. Madre que no es madre, mujer blanca en tierra de negras, el viaje de la protagonista por el río Atrato va revelando un mundo de mujeres y

madres poderosas, víctimas de la historia pero que en ningún momento son victimizadas en esta ficción: la conductora del barco, la señora Neida o Carmen Emilia, entre otros personajes, nos traen la realidad de la población negra del Pacífico colombiano, marcada por la pobreza, el racismo, el abandono y la violencia; una región que sobrevive gracias a la solidaridad femenina, factor fundamental a la hora de lograr que la vida siga fluyendo, como el cauce del río, en ese territorio casi siempre hostil.

La narración se sostiene en una mirada feminista muy convincente que no es producto de teorías y conceptualizaciones previas proyectadas posteriormente a la escritura. Como la autora ha señalado en varias ocasiones, se origina en su experiencia y memorias infantiles; surge con naturalidad como efecto de las exigencias del día a día en esa región de “madres abandonadas” (p. 144), donde la solidaridad, el empoderamiento y el reclamo de derechos resultan imprescindibles para afrontar la cotidianidad. En contraste con estas mujeres que protagonizan la novela, los hombres están en otra parte: un otro lado que es también un lugar moral. Se mueven en las sombras, como una presencia latente que va ocupando cada vez más espacio según avanza el argumento. Traen la amenaza, el dolor y la violencia, como evocación del conflicto armado que se ha extendido por ese territorio durante décadas y que no acaba de cerrarse.

El modo en que Salazar Masso confronta ambos mundos constituye el mayor acierto de esta obra y evidencia sus capacidades como escritora. La tensión y el conflicto se trasladan a la propia textura narrativa. A cada uno de estos ámbitos le corresponde una escritura diferente y un tempo narrativo propio, y esas elecciones dibujan con precisión el imaginario de esta ficción y la mirada que lo plasma. El cosmos femenino está lleno de matices y riqueza, y para nombrarlo el lenguaje se hace moroso, minucioso, abunda en símiles y digresiones –que en ocasiones, pocas, adolecen de una excesiva grandilocuencia que bordea la sensiblería–, para expresar al máximo los sentidos de ese territorio que se mueve al compás del río y donde la maternidad, los afectos y la sororidad son los valores imperantes. El ritmo se

RESEÑAS		NOVELA
<p>hace aquí pausado, recreando con precisión la lentitud de la navegación por el Atrato y subrayando la sensación de tensa espera que domina la trama.</p> <p>Frente a ello, el mundo de los hombres se cruza en la travesía de la protagonista en momentos puntuales: en principio tan solo mediante alusiones, pero poco a poco es cada vez más presente y amenazador. El lenguaje cambia de registro; las menciones son fugaces y reiteran los mismos detalles: los uniformes verdes, las botas de caucho, los pañuelos rojos y los abusos cometidos por ellos en los poblados. Las palabras se repliegan porque en el marco de la violencia, el miedo y la muerte pierden todo valor. Así, cuando el hijo se encuentra con uno de esos hombres y este le enseña su arma, la protagonista afirma:</p> <p>Tener un hijo es buscar, todo el tiempo, formas de explicar el mundo. Poner en palabras cosas terribles, milagros, presentimientos. Hablar de dinosaurios sin tener ni idea [...]. Puedo explicarle cómo nace un río, cómo hace el ángel de la guarda para escucharlo cuando reza o por qué los búhos y los murciélagos salen a pasear de noche. Incluso sé que puedo presentarle a su madre y a sus hermanos. Lo que no encuentro cómo explicar es por qué un hombre carga un arma. (p. 114)</p> <p>Esta reflexión marca con nitidez la raya que separa ambas realidades, inscrita en el propio lenguaje que las evoca.</p> <p>El escenario masculino va desplazando poco a poco al femenino y en ese movimiento la narración da un cambio radical, tanto en la trama como en la escritura, cuando el desenlace se acerca. El temor inicial de la protagonista ante lo que le espera a su llegada se muestra infundado, porque la tragedia está en otra parte, se anuncia en los “disparos del animal más peligroso que tiene la selva” (p. 147) y estalla repentinamente cuando todo parecía haberse arreglado para ella y su hijo. El lirismo reposado de la mayor parte del relato desaparece para narrar de manera seca y directa un desenlace trágico que nos revela que la violencia siempre había estado ahí, escondida pero impregnando con su amenaza las vidas de todos. La velocidad narrativa cambia y adquiere una rapidez hasta</p>	<p>entonces inédita que intensifica la brutalidad trágica del final. Salazar Masso demuestra aquí su versatilidad en el manejo de diferentes registros de escritura, y también su acierto en la elección del adecuado para cada situación narrativa.</p> <p>El río Atrato, arteria por donde circula la vida de la región, en la novela se convierte en una herida, “una herida llena de peces”. La pregunta que Lorena Salazar Masso nos plantea es si hay alguna manera de suturarla.</p> <p style="text-align: center;">Eduardo Becerra Grande</p>	